

Alexandre Dumas

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

Traducción del francés

José Manuel Fajardo

Prefacio

André Maurois

Ilustraciones

E. Planas y A. Mestres



Madrid, 2012

Título original francés: *La Dame aux Camélias*

© del prefacio: André Maurois, 1974
Publicado por primera vez en 1975 por Éditions Gallimard
© de la traducción: José Manuel Fajardo, 2012

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: abril de 2012

Primeras correcciones: Francisco Herrero
Segundas correcciones: Juana Salabert
Terceras correcciones: Eva Méndez Herranz

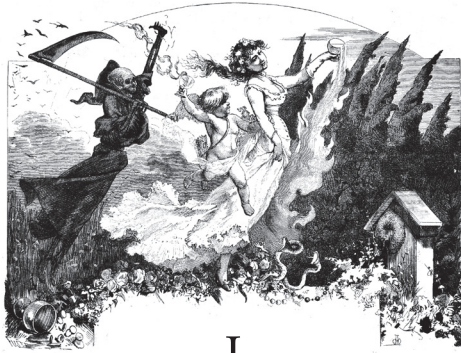
Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Ino Reproducciones, S.A.

Código BIC: FC
ISBN: 978-84-939750-2-9
Depósito Legal: M-12634-2012

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.





I



mi juicio, no se puede crear personajes sin antes haber estudiado mucho a los hombres, de igual modo que no se puede hablar una lengua sin haberla estudiado en serio.

Como no he llegado aún a la edad en que se inventa, me contento con relatar.

Exhorto, pues, al lector a que se convenza de la realidad de esta historia, cuyos personajes al completo, a excepción de la heroína, todavía viven.

Por otra parte, hay en París testigos de la mayor parte de los hechos que aquí se narran; ellos podrían confirmarlos si mi testimonio no bastase. Debido a una circunstancia particular, únicamente yo puedo contarlos, pues sólo a mí se me ha hecho confidencia de todos sus detalles y pormenores, sin los que hubiera resultado imposible escribir un relato interesante y completo.

Así pues, veamos la manera en que esos detalles han llegado a mi conocimiento:

El 12 de marzo de 1847 vi en la calle de Lafitte un gran cartel amarillo que anunciaba una subasta de muebles y de valiosas curiosidades. La venta se producía tras una defunción. El cartel no decía el nombre del difunto, pero la subasta se llevaría a cabo el día 16, en el número 9 de la calle de Antin, entre el mediodía y las cinco de la tarde.

El cartel indicaba, además, que los días 13 y 14 se podría visitar el piso y ver los muebles.

Siempre me han gustado las curiosidades. Me prometí no desperdiciar aquella ocasión, si no para comprarlas, al menos para verlas.

Al día siguiente, me presenté en el número 9 de la calle de Antin.

Era temprano y, sin embargo, ya había caballeros visitantes e incluso señoras, algunas vestidas de terciopelo, con chales de cachemir y sus elegantes berlinas esperándoles a la puerta, que miraban con asombro, incluso con admiración, el lujo que se exhibía ante sus ojos.

Más tarde comprendí aquella admiración y aquel asombro, pues, cuando me puse a escudriñar, me di cuenta enseguida de que me hallaba en el piso de una mujer mantenida. Ahora bien, si hay algo que las damas de sociedad desean ver, y allí había damas de sociedad, es la intimidad de esa clase de mujeres cuyos carruajes salpican cada día los suyos, que tienen, al igual que ellas y al lado

de ellas, sus palcos en la Opéra y en los Italianos¹, y que hacen alarde, en París, de la insolente opulencia de su belleza, sus joyas y sus escándalos.

Aquella en cuya casa me encontraba había muerto; así que incluso las damas más virtuosas podían entrar en su dormitorio. La muerte había purificado el aire de esa espléndida cloaca y, por otra parte, en caso de serles necesaria tenían la excusa de acudir a una subasta sin saber a quién pertenecía la casa. Habían leído los anuncios y querían conocer lo que esos carteles prometían y escoger por adelantado: así de simple. Lo cual no les impedía buscar, en medio de todas aquellas maravillas, las huellas de esa vida cortesana de la que, sin duda, habían escuchado historias bien extrañas.

Desdichadamente, los misterios habían muerto con la diosa y, pese a su voluntarioso empeño, sólo hallaron aquello que estaba en venta tras el deceso, y nada de lo que se vendía en vida de la inquilina.

A la postre, había bastante que comprar. El mobiliario era soberbio. Muebles de palo de rosa y de Boulle², jarrones de Sèvres y de China, estatuillas de porcelana de Sajonia, satenes, terciopelos y encajes, allí no faltaba de nada.

¹ El Teatro de los Italianos estaba destinado a acoger a los comediantes italianos que tuvieron gran acogida en París en el siglo XVIII y principios del XIX. (Todas las notas al texto, salvo que se indique lo contrario, son del traductor).

² Muebles de marquetería llamados así por André Charles Boulle (París, 1642-1732), maestro ebanista, dibujante y escultor, nombrado «Primer ebanista del Rey» y cuyo taller estaba en el Louvre.

Me paseé por el piso y seguí a las nobles curiosas que me habían precedido. Ellas entraron en una habitación tapizada de telas persas y me disponía también yo a entrar cuando salieron casi de inmediato, sonriendo, como si les avergonzara aquella nueva curiosidad. Ello me hizo desear aún más vivamente entrar de inmediato en ese cuarto. Era el tocador y estaba revestido de cuidados detalles sobre los que parecía haberse derramado en grado sumo la prodigalidad de la muerte.

En una gran mesa adosada a la pared, una mesa de un metro de ancho por dos de largo, brillaban todos los tesoros de Aucoc y Odio³. Era una colección magnífica y ninguno de esos mil objetos, tan necesarios para el arreglo de una mujer como aquella en cuya casa nos hallábamos, estaba hecho de otro metal que no fuera plata u oro. Sin embargo, semejante colección sólo se había podido formar poco a poco, y no había sido un único amor quien la había completado.

Yo, que no me espantaba ante la visión del tocador de una mujer mantenida, me entretenía examinando los detalles, cualesquiera que fuesen, y reparé en que todos aquellos utensilios magníficamente labrados tenían varias iniciales y blasones diferentes.

Miraba aquellas cosas, cada una de ellas muestra de la prostitución de la pobre muchacha, y me decía que Dios había sido clemente con ella, pues no había permitido que le llegara el castigo habitual

³ Célebre orfebrería parisina de la época, especializada en objetos de estilo Imperio.

y la había dejado morir en medio de su lujo y su belleza, antes de la vejez, esa primera muerte de las cortesanas.

En efecto, ¿hay algo más triste que contemplar la vejez del vicio, sobre todo en la mujer? No encierra dignidad alguna ni inspira ningún interés. Ese eterno arrepentimiento no del mal camino seguido, sino de los cálculos mal hechos y el dinero mal empleado, es una de las cosas más entristecedoras que se puedan oír. Conocí a una anciana mujer galante a la que no le quedaba de su pasado más que una hija casi tan bella, al decir de sus contemporáneos, como lo había sido su madre. Aquella pobre niña, a la que su madre no había dicho «eres mi hija» sino para ordenarle sustentarla en su vejez como ella la había sustentado en su infancia, aquella pobre criatura se llamaba Louise y, obedeciendo a su madre, se entregaba sin voluntad, sin pasión, sin placer, como habría podido ejercer cualquier oficio si se hubiera pensado en enseñarle alguno.

La permanente visión del desenfreno, un desenfreno precoz, alimentada por el continuo estado enfermizo de esa muchacha, había apagado en ella la capacidad de discernimiento del bien y del mal que Dios quizás le había dado, pero que a nadie se le había ocurrido desarrollar.

Siempre me acordaré de esa joven, que paseaba por los bulevares casi todos los días a la misma hora. Su madre la acompañaba de continuo, tan asiduamente como una verdadera madre acompañaría a una verdadera hija. Entonces yo era joven y bien dispuesto a adoptar la liviana moral de mi siglo. Sin embargo, recuerdo que la

visión de aquella escandalosa vigilancia me inspiraba repugnancia y desprecio.

A ello habría que añadir que nunca un rostro de virgen mostró parecido sentimiento de inocencia ni tal expresión de melancólico sufrimiento.

Se diría que era la imagen de la Resignación.

Un día, el rostro de aquella muchacha se iluminó. En medio de los excesos, cuyo programa controlaba su madre, le pareció a la pecadora que Dios le permitía una dicha. Después de todo, ¿por qué Dios, que la había creado sin fuerzas, habría de dejarla sin consuelo, bajo el doloroso peso de su vida? Un día, pues, se dio cuenta de que estaba encinta, y lo que todavía quedaba en ella de casto se estremeció de alegría. El alma tiene extraños refugios. Louise corrió a anunciar a su madre la noticia que le hacía tan feliz. Da vergüenza decirlo, pero no traemos aquí la inmoralidad por gusto, contamos un hecho cierto, que quizá haríamos mejor en callar si no creyéramos que es necesario, de vez en cuando, revelar los martirios de esos seres a los que se condena sin escucharlos, a los que se desprecia sin juzgarlos; da vergüenza, decíamos, pero la madre respondió a su hija que apenas si les alcanzaba para ellas dos y que no tendrían suficiente para tres; que tales niños eran inútiles y que un embarazo era tiempo perdido.

Al día siguiente, una comadrona, de la que diremos solamente que era amiga de la madre, vino a ver a Louise, quien permaneció algunos días en cama y se levantó de ella más pálida y más débil que antes.

Tres meses después, un hombre se apiadó de ella y se hizo cargo de su cuidado moral y físico; pero el último golpe había sido demasiado violento, y Louise murió a consecuencia del aborto.

La madre vive aún. ¿Cómo? Sabe Dios.

Esta historia me vino a la memoria mientras contemplaba los neceseres de plata y, según parece, pasé un tiempo en estas reflexiones, pues, además de mí, ya no quedaba en el piso más que el guardián, quien vigilaba con atención desde la puerta que no me llevara nada.

Me acerqué a aquel buen hombre, a quien inspiraba tan graves inquietudes.

—Señor —le llamé—, ¿podría decirme el nombre de la persona que vivía aquí?

—La señorita Marguerite Gautier.

Yo conocía a esa chica de nombre y de vista.

—¡Cómo! —le dije al guardián—. ¡Marguerite Gautier ha muerto!

—Sí, señor.

—¿Y cuándo ha sido?

—Hace tres semanas, creo.

—¿Y por qué se permite visitar el piso?

—Los acreedores pensaron que eso ayudaría a vender más. Las personas pueden ver por anticipado el efecto que producen las telas y los muebles; eso anima a comprar, usted me entiende.

—Así pues, ¿ella tenía deudas?

—¡Ah!, señor, en cantidad.

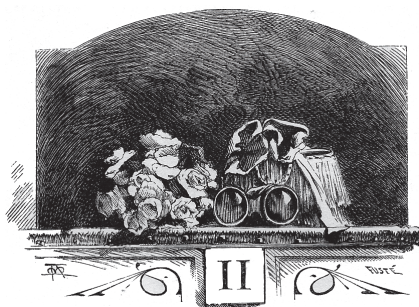
- Pero ¿la subasta bastará para cubrirlas?
—De sobra.
—¿A quién revertirá entonces el sobrante?
—A su familia.
—¿Así que tiene familia?
—Eso parece.
—Gracias, señor.

El guardián, tranquilizado respecto de mis intenciones, me saludó y salió.

«¡Pobre muchacha! —me decía mientras regresaba a mi casa—. Ha debido de morir de manera bien triste, porque en su mundo sólo se tienen amigos cuando uno está bien». Y no podía remediar apañarme de la suerte de Marguerite Gautier.

Esto quizás pueda parecerles ridículo a muchas personas, pero tengo una indulgencia inagotable hacia las cortesanas, y no me tomo siquiera la molestia de discutir dicha indulgencia.

Un día, yendo a recoger un pasaporte en la prefectura, vi en una de las calles adyacentes a una muchacha conducida por dos guardias. Ignoro qué había hecho aquella chica, todo lo que puedo decir es que lloraba a lágrima viva mientras besaba a un niño de meses del que iba a separarle su detención. Desde aquel día, no soy capaz de despreciar a una mujer a primera vista.



a subasta estaba prevista para el 16.

Se había dejado un día de intervalo entre las visitas y la venta, a fin de dar a los tapiceros tiempo para retirar colgaduras, cortinas, etc.



En aquel momento yo regresaba de un viaje. Era bastante normal que no me hubieran informado de la muerte de Marguerite, como los amigos anuncian siempre las grandes nuevas a quien regresa a la capital de las noticias.

Marguerite era bonita, pero cuanto más ruido hace la vida solicitada de esas mujeres, menos lo hace su muerte. Son soles que se ponen como se levantaron, sin resplandor. Su muerte, cuando mueren jóvenes, es sabida por todos sus amantes al mismo tiempo, pues en París casi todos los amantes de una joven conocida son íntimos. Se intercambian algunos recuerdos sobre el asunto, y la vida de unos y otros continúa sin que este incidente les arranque siquiera una lágrima.

Hoy en día, cuando se tienen veinticinco años, las lágrimas se han convertido en una cosa tan rara que no pueden derramarse por cualquier recién llegada. Tanto más si hasta los parientes, que pagan para ser llorados, sólo lo son en función del dinero que han dejado para ello.

En cuanto a mí, a pesar de que mis iniciales no estaban grabadas en ninguno de los neceseres de Marguerite, esta indulgencia instintiva, esta piedad natural que acabo de confesar hace un momento me hacían pensar en su muerte mucho más tiempo del que quizá merecía.

Recordaba haberme encontrado a Marguerite con frecuencia en los Campos Elíseos, donde ella acudía todos los días en una pequeña berlina azul tirada por dos espléndidos caballos bayos, y haber apreciado en ella una distinción poco común entre sus iguales, distinción que realzaba todavía más una belleza verdaderamente excepcional.

Estas desdichadas criaturas, cuando salen, van acompañadas siempre por no se sabe quién.

Como ningún hombre se permite mostrar públicamente el amor nocturno que tiene con ellas, y como ellas tienen horror a la soledad, llevan consigo o bien a aquellas, menos afortunadas, que no tienen coche, o bien a algunas de esas viejas elegantes, cuya elegancia no tiene justificación alguna, y a las que uno se puede dirigir sin temor si quiere averiguar cualquier clase de detalle sobre la mujer a la que acompañan.

No sucedía así con Marguerite. Llegaba siempre sola a los Campos Elíseos, en su coche, donde se acomodaba lo más discretamente posible, envuelta en invierno en un gran chal de cachemir y vestida,

en verano, con trajes muy sencillos; y aunque encontrara en su paseo favorito a mucha gente conocida, cuando por casualidad les sonreía, su sonrisa sólo era visible para ellos. Incluso una duquesa habría podido sonreír así.

Ella no paseaba desde la rotonda hasta la entrada de los Campos Elíseos, como hacían y hacen todas sus colegas. Sus dos caballos la llevaban rápidamente a la arboleda. Allí descendía del coche, caminaba durante una hora, volvía a subir a la berlina y regresaba a su casa al buen trote de su tiro.

Todas esas circunstancias, de las que yo había sido testigo alguna vez, volvían a pasar ante mí y lamentaba la muerte de aquella joven como se lamenta la completa destrucción de una obra bella.

Y así era, pues resultaba imposible contemplar una belleza más encantadora que la de Marguerite.

Alta y delgada hasta la exageración, poseía en grado supremo el arte de hacer desaparecer este olvido de la naturaleza gracias a su sencilla manera de disponer las ropas con que se cubría. Su cachemir, cuya punta tocaba el suelo, dejaba asomar a cada lado los amplios volantes de un vestido de seda, y el espeso manguito, que ocultaba sus manos y que ella apoyaba sobre su pecho, estaba cubierto de pliegues tan hábilmente colocados que ninguna mirada, por exigente que se fuera, podría criticar la línea de su figura.

Su cabeza, una maravilla, era objeto de una coquetería singular. Era pequeña y, como diría Musset, su madre parecía haberla hecho así para hacerla con esmero.

En un óvalo de una gracia indescriptible, poned dos ojos negros coronados por cejas cuyo arco era tan puro que parecía pintado; aparejad esos ojos con largas pestañas que, al abatirse, sombreaban el tinte rosado de sus mejillas; pintad una nariz fina, recta, espiritual, con las fosas un poco abiertas por la aspiración ardiente de una vida sensual; dibujad una boca regular, cuyos labios se abrían graciosamente sobre dientes blancos como la leche; coloread la piel con ese aterciopelado de los melocotones que ninguna mano ha tocado, y obtendréis el conjunto de aquella encantadora cabeza.

Los cabellos, negros como el azabache, ondulados naturalmente o no, se abrían sobre su frente en dos largas crenchas y se perdían tras la cabeza, dejando ver el inicio de las orejas, donde brillaban dos diamantes de un valor de cuatro o cinco mil francos cada uno.

Cómo su vida ardiente mantuvo en el rostro de Marguerite la expresión virginal, casi infantil, que la caracterizaba es algo que nos vemos forzados a constatar sin comprender.

Marguerite tenía un maravilloso retrato, obra de Vidal⁴, el único hombre cuyo lápiz podía reproducirla. Después de su muerte, tuve ese retrato a mi disposición durante algunos días y era de un parecido tan asombroso que me permitió dar detalles que mi memoria quizá no hubiera alcanzado.

De entre los detalles de este capítulo, algunos llegaron a mi conocimiento más tarde, pero los escribo ahora para no tener que

⁴ Vincent Vidal (1811-1887): retratista de la alta sociedad parisiense de la época.

volver sobre ellos cuando comience la historia anecdótica de esta mujer.

Marguerite asistía a todos los estrenos e iba todas las noches al teatro o a bailar. Cada vez que se representaba una nueva pieza, se podía estar seguro de verla allí con las tres cosas que llevaba siempre consigo y que ocupaban la parte delantera de su palco de platea: sus gemelos, una bolsa de caramelos y un ramo de camelias.

Cada mes, durante veinticinco días, las camelias eran blancas, y durante cinco, rojas; nunca se ha sabido la razón de este cambio de colores, que señalo sin poder explicar, y del que los habituales de los teatros que ella frecuentaba, lo mismo que sus amigos, se habían percatado al igual que yo.

Nunca se vio a Marguerite con otras flores que no fueran camelias. Por ello, en el negocio de la señora Barjon, su florista, terminaron por apodararla la dama de las camelias, y con ese apelativo se quedó.

Yo sabía, por otro lado, como todos los que viven en ciertos ambientes de París, que Marguerite había sido la querida de los jóvenes más elegantes, cosa de la que ella hablaba abiertamente y de la que ellos mismos se ufanaban, lo que prueba que tanto amantes como querida se sentían satisfechos.

Sin embargo, desde hacía cerca de tres años, después de un viaje a Bagnères, se decía que ella no vivía más que con un viejo duque extranjero, enormemente rico, que había intentado alejarla lo más posible de su vida pasada, a lo que aparentemente ella había consentido de bastante buen grado.

He aquí lo que me contaron al respecto.

En la primavera de 1842, Marguerite estaba tan débil, tan cambiada, que los médicos le ordenaron tomar baños y ella partió hacia Bagnères.

Allí se encontraba, entre los enfermos, la hija de ese duque, la cual no sólo tenía la misma enfermedad, sino incluso el mismo rostro que Marguerite, al punto de que se las podía tomar por hermanas, salvo que la joven duquesa estaba en el tercer grado de la tisis y, pocos días después de la llegada de Marguerite, sucumbió.

Una mañana, el duque, que permanecía en Bagnères como se permanece en la tierra que enterró una parte del corazón, reparó en Marguerite en el recodo de una alameda.

Le pareció ver pasar la sombra de su hija y, dirigiéndose hacia ella, la tomó de las manos, la besó entre lágrimas y, sin preguntarle quién era, imploró el permiso de verla y de amar en ella la viva imagen de su hija muerta.

Marguerite estaba sola en Bagnères con su dama de compañía y no tenía, por lo demás, ningún miedo a comprometerse, así que concedió al duque lo que este le pedía.

Había en Bagnères personas que la conocían y que, discretamente, advirtieron al duque sobre la verdadera condición de la señorita Gautier. Aquello fue un golpe para el anciano, pues allí terminaba el parecido con su hija. Sin embargo, ya era demasiado tarde. La joven se había convertido en una necesidad para su corazón y en su único pretexto, su única excusa, para seguir viviendo.



Le pareció ver pasar la sombra de su hija...



No le hizo ningún reproche, no tenía derecho a hacérselo, pero le preguntó si se sentía capaz de cambiar de vida, ofreciéndole a cambio de ese sacrificio todas las compensaciones que ella pudiera desear. Ella se lo prometió.

Hay que recordar que en aquella época Marguerite, cuya naturaleza era entusiasta, estaba enferma. Su pasado le parecía una de las causas principales de su enfermedad, y una especie de superstición le hizo esperar que Dios le permitiera conservar la belleza y la salud a cambio de su arrepentimiento y conversión.

En efecto, cuando llegó el final del verano, las aguas, los paseos, el cansancio natural y el sueño habían ido poco a poco restableciéndola.

El duque acompañó a Marguerite a París, donde continuó visitándola, como hacía en Bagnères.

Esta relación, de la que no se conocía su verdadero origen ni su auténtica motivación, causó aquí una gran sensación, pues el duque, que era conocido por su gran fortuna, se distinguía ahora por su prodigalidad.

Se atribuyó al libertinaje, frecuente entre los viejos ricos, esa cercanía entre el viejo duque y la joven. Se suponía cualquier motivo, menos el que era.

Sin embargo, los sentimientos de aquel padre por Marguerite tenían una causa tan casta que cualquier otra relación con ella que no fuera la anímica le hubiera parecido un incesto, y nunca le había dicho una palabra que su hija no pudiera haber escuchado.

Nada más alejado de nuestro pensamiento que hacer de nuestra heroína otra cosa que lo que ella era. Digamos, por tanto, que, mientras estuvo en Bagnères, la promesa hecha al duque no fue difícil de mantener, y fue mantenida; pero, una vez de vuelta en París, a aquella muchacha habituada a la vida disipada, a los bailes, incluso a las orgías, le parecía que su soledad, rota solamente por las visitas periódicas del duque, la iba a matar de aburrimiento; y el soplo abrasador de su vida pasada agitó al mismo tiempo su cabeza y su corazón.

Añadid que Marguerite había regresado de aquel viaje más bella de lo que había sido nunca, que tenía veinte años y que la enfermedad, adormecida aunque no vencida, seguía causándole esos deseos febriles que casi siempre son producto de las afecciones de pecho.

El duque sintió, pues, un gran dolor el día en que sus amigos, siempre al acecho para sorprender algún escándalo por parte de esa muchacha que, según decían, tanto le comprometía, vinieron a contarle y a probarle que, cuando estaba segura de que él no iría a verla, ella recibía visitas, y esas visitas se prolongaban con frecuencia hasta el día siguiente.

Interrogada, Marguerite se lo confesó todo al duque, aconsejándole, sin segundas intenciones, que dejara de ocuparse de ella, ya que no se sentía con fuerzas para mantener los compromisos adquiridos y no quería recibir por más tiempo los favores de un hombre al que engañaba.

El duque estuvo siete días sin aparecer, eso era todo lo que pudo resistir, y al octavo fue a suplicar a Marguerite que volviera a admitirlo, prometiéndole aceptarla como era, con tal de poder verla, y jurándole por su vida que no le haría jamás un reproche.

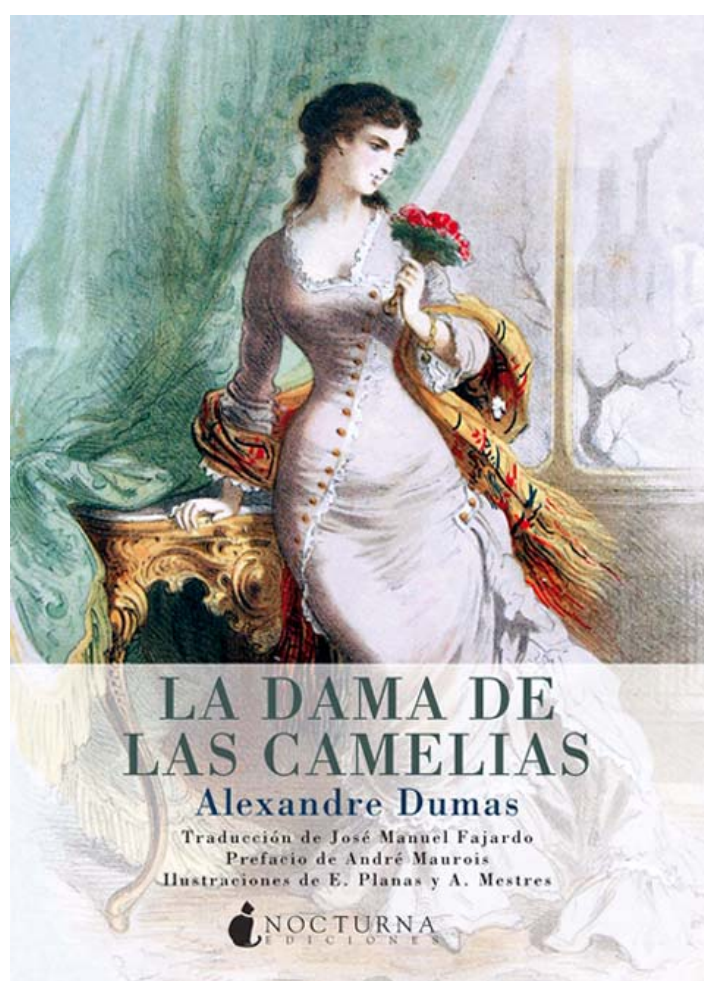
Así estaban las cosas tres meses después del regreso de Marguerite, es decir, en noviembre o diciembre de 1842.

SIGUE LEYENDO

A la venta: 30-4-2012

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

Alexandre Dumas



ISBN: 978-84-939750-2-9. PVP: 18 €

 **NOCTURNA**
E D I C I O N E S

Distribución: UDL Libros (www.udllibros.com)
Ámbito nacional (España)